

en los siglos heroicos. ¿Pero prueba esto otra cosa sino que pudo ser sorprehendido porque era hombre, y tal vez mas fácilmente porque era bueno y virtuoso? ¿Merece por eso ménos el sobrenombre de grande que le ha dado su siglo, y que habia adquirido por sus victorias, por la sabiduría de su gobierno, por su aplicacion á hacer el imperio formidable en lo exterior, y en lo interior tranquilo, por su equidad, su dulzura, su magnificencia; en fin, por las bellas qualidades que constituyen la gloria de los príncipes y la felicidad de los pueblos? ¿Para ser digno de este título á los ojos de la posteridad es menester mudar de naturaleza, y dexar de ser hombre? ¿Y los que osan obscurecer su memoria, quisieran que conforme á esta regla se apreciase á los héroes subalternos, pretendiendo al cabo de mil y quinientos años obligarnos á preferirlos á un príncipe que desde tan largo tiempo está en posesion de nuestros elogios y admiracion?

Los obispos se aprovecharon de esta feliz calma, para reparar las brechas que habian hecho á la disciplina los tiempos de turbacion y de persecuciones, y para dar una forma regular al gobierno eclesiástico. Hablaremos luego de de estos diferentes objetos baxo los títulos á que se refieren; pero ántes tenemos que considerar el origen y las consecuencias del mayor negocio que hasta entónces habia ocupado á la Iglesia, y que le causó tanta agitacion en el discurso de todo este siglo.

#### ARTICULO V.

*Principios del arrianismo: sus progresos y sus estragos en tiempo de Constantino y de Constancio su hijo.*

La prueba de las persecuciones habia agitado la Iglesia conmoviéndola: al contrario, quanto mas violento habia sido el choque, mas se habia asegurado sobre los fundamentos que le habia dado su divino autor, mas fuerza y extension habia adquirido; pero la prueba del arrianismo difundió en ella los disturbios y la confusion. Pareció que vacilaba baxo los esfuerzos de esta nueva borrasca, y si alguna vez las puertas del infierno pudiesen prevalecer contra ella, hubiera sido en este tiempo crítico en que el error audaz y esparcido como una vasta inundacion, amenazaba

sorberlo todo. A pesar del número de los que se rindieron al peso de la autoridad, de los que cedieron á los malos tratamientos, ó que fueron seducidos por los artificios y las sutilezas, nunca la fe fué incierta ni dudosa, porque la verdad se mostró siempre con señales propias para hacerse reconocer al mismo tiempo de la mayor obscuridad. Esto es lo que procuraremos se observe para gloria de la Iglesia, é instruccion de los fieles, despues que hayamos expuesto los hechos con una justa extension.

La imposibilidad de concebir el misterio de la Trinidad, que di tinguie al christiano del puro atheista, y el deseo de explicar de modo que satisfaciese á la razon humana, cómo subsisten tres personas distintas en la unidad de una misma esencia y de una misma substancia, habian hecho ya imaginar diversos sistemas que la Iglesia habia desechado como otros tantos errores. Quería que se estuviese á la simple proposicion de la fe, sin hacer vanos esfuerzos por hallar medios de hacer sensible y de aclarar con el razonamiento lo que es superior á los sentidos y á la razon; y esto es lo que siempre ha hecho de siglo en siglo en todas las disputas que se han suscitado sobre el dogma; siendo tambien el único partido que habia que tomar en quanto al punto de doctrina de que se trata. Pero la natural inquietud del entendimiento humano, y la sutileza peculiar de los griegos, no permitieron contenerse en estos límites puestos por la mano del mismo Dios, y que la prudencia hubiera debido hacer respetar; tal es todavía, y tal ha sido siempre el principio de las heregías que han despedazado la Iglesia en todos tiempos; es á saber, el deseo imprudente y nada razonable de comprehender y explicar lo que no es menester mas que creer y adorar. Quántos escándalos se hubieran aborradado á la Iglesia, y desgracias á la humanidad, si los hombres se hubieran contentado con seguir el plan trazado por Jesu-christo y por los apóstoles! Ni este Salvador divino, ni los primeros depositarios de su doctrina han empleado el método del razonamiento y de la dialéctica para establecer y persuadir las verdades sublimes que anunciaban. Proponian estas verdades santas, como que formaban el cuerpo y el conjunto de la religion de que eran ministros; y si nacia alguna disputa con esta ocasion, la terminaban fixando por una enunciacion clara y precisa el punto que habia dado lugar á la dificultad. La Iglesia no



ha conocido otra via en la decision de los puntos que el error sucesivamente ha contestado, y para eso ha sido establecido su tribunal siempre subsistente, y se le ha concedido el glorioso privilegio de la infalibilidad. ¡Cuán sencilla es la fe, y cuán facil de comprehender en los símbolos que exponen sus dogmas, y en las definiciones que fixan su doctrina! ¡Qué noble es esta simplicidad, y cómo satisface al entendimiento y al corazon! ¡Pero qué abstracta, complicada y obscura es en los escritos de los doctores que tanto han disertado para hallar el cómo y el por qué de los misterios de los quales nos basta conocer la existencia! ¡Quereis ser christiano? Creed. ¡Quereis comprehender? Hacedos filósofo, examinad, razonad sin fin, y acabareis en no saber, en no creer nada. He aquí anticipadamente el resultado de todo lo que diremos en adelante sobre la historia de todas las heregias que han turbado el mundo, y hecho derramar tanta sangre. Hacemos esta reflexion antes de trazar el quadro de las horribles escenas de que vamos á ser testigos, para prevenir el escándalo que podrian causar y enseñar á no atribuir á la religion lo que no ha tenido otra causa que el inquieto ardor del entendimiento humano, y la intemperancia de un falso saber.

Arrio, como todos los que habian intentado antes que él explicar por los principios de la filosofía el misterio de un Dios único en tres personas, se hallaba entre dos escollos igualmente peligrosos, la pluralidad y la confusion. Por evitar el primero, habia dado el sabelianismo en el de la confusion, pretendiendo que no hay en Dios mas que una sola persona, así como no hay mas que una sola naturaleza, y una sola esencia, y que los nombres de Padre, de Hijo y de Espíritu Santo, no eran sino apelaciones relativas á las diferentes relaciones baxo las quales se consideraba esta naturaleza única, y á las diversas operaciones, por las quales se le ve manifestarse por de fuera. Para evitar igualmente el confundir las Personas divinas, y el dividir la Divinidad, imaginó el arrianismo rebaxar al Verbo, segunda Persona en Dios, á la clase de las criaturas, y no admitir en él mas que una Divinidad de consagracion y de adopcion. El macedonianismo, el qual veremos presto salir de su seno, hizo lo mismo respecto del Espíritu Santo, tercera Persona en Dios. De las propias fuentes se sacaron las opiniones que dieron principio á los errores de Nestorio y de Eu-

tichês; y sus autores, para formar de ellas unos sistemas peculiares, no hicieron mas que modificar y combinar las mismas semillas baxo una forma diferente.

Tal vez san Alexandro, obispo de Alexandría, con las miras mas rectas y mas inocentes, tuvo que reprocharse el haber dado al sacerdote Arrio el exemplo de someter el misterio de la Trinidad á la indagacion y al analisis. Este santo obispo con la intencion de apartar los errores por los quales se habian desfigurado ya en muchas sectas este primer dogma, y para dar una idea de él neta en quanto era posible, buscaba razonamientos y expresiones propias para conciliar la trinidad de las Personas con la unidad de la substancia. Así el entendimiento vivo y ardiente de Arrio se halló inclinado por las circunstancias y por la forma de enseñanza que veia practicada á procurar aclarar las nociones de la fe sobre este punto de doctrina con explicaciones filosóficas.

Creyó Arrio haber hallado lo que ántes de él se habia buscado inútilmente, y propuso su sistema con tanta mas seguridad, quanto veia en él la solucion de todas las dificultades que se habian expuesto hasta allí. Se alejaba de Sabelio, distinguiendo la persona del Verbo divino de la del Padre increado, y pensaba apartarse del mismo modo de los triteistas, de qualquier secta que fuesen, no concediendo al Verbo sino una divinidad de comunicacion, emanada del Padre, que propiamente y á la letra era el solo y único Dios, autor de todas las cosas.

Este modo de explicar el misterio de la Trinidad desagradó á san Alexandro, y conmovió á toda la iglesia de Alexandría. El dogma de la divinidad del Verbo quedaba aniquilado, en no confesando su coeternidad y consubstancialidad con el Padre; y la destruccion de este dogma arrasaba la del christianismo, que dexaba de ser una religion pura y santa, y aun se hacia una verdadera idolatría, si el Verbo al qual adoraba como á Dios supremo, no fuese mas que una criatura elevada por adopcion á la clase y honores de la divinidad.

No faltaron, como sucede ordinariamente, en las disputas que versan sobre materias tan sutiles razonamientos caprichosos, y sofismas seductivos para colorear esta doctrina, ni tampoco expresiones que imponian y términos equívocos en que envolverla. Pero el punto de la cuestión



fué siempre por parte de Arrio y de sus partidarios, sostener que el Verbo de Dios no era mas que una criatura; y por parte de sus contrarios enseñar como punto fundamental de la fe, que el Verbo era Dios eterno, de la misma naturaleza y de la misma substancia que el Padre.

La posesion en que estaba la Iglesia de creer y confesar esta verdad, produjo el primer golpe que se dió al error naciente en el concilio de Alexandría, celebrado en el año de 321, al qual asistieron cerca de cien obispos.

Arrio que era de un exterior grave, de una conducta severa, y de un entendimiento flexible é insinuante, no pareció que se aterraba con este anatema. Gritaba contra la injusticia y la opresion, y pretendia pasar por víctima de los zelos y de las preocupaciones de Alexandro. Este tono de queja junto á mucha eloqüencia, y sostenido por costumbres austeras, le atraxo bien presto partidarios en todos los órdenes, y hasta en el episcopado. El talento de la poesía y de la música sirviéron tambien para esparcir sus errores con buen suceso entre las mugeres y el pueblo. Puso su doctrina en cántico sobre tonos agradables que compuso él mismo, ó que tomó de otros; por cuyo medio, que no ha sido despreciado por los novatores que le han seguido, hizo sus opiniones populares, y logró que pasasen luego de boca en boca.

Fueron tan rápidos los progresos de la nueva secta, y anunciaba conseqüencias tan funestas la division que causaba en la Iglesia, que Constantino al principio indiferente sobre este género de disputas, no creyó deber permanecer mas tiempo sin aplicarles una seria atencion.

El concilio congregado en Bytina por Eusebio de Nicomedia, partidario oculto de Arrio, en el qual fué absuelto este heresiarca, y justificada su doctrina, hizo comprender al emperador que ya era tiempo de detener el curso de un error que podia producir los mas funestos desórdenes en la Iglesia y en el estado. Formó, pues, el designio de convocar un concilio ecuménico, esto es, compuesto de los obispos de toda la Iglesia católica difundida en todas las naciones que habian recibido el Evangelio de Jesu-christo; y se juntó en Nicea, ciudad de la Bytina, el año de 325, desde el 19 de Junio en que se hizo su abertura, hasta el 26 de Agosto que se terminó, habiendo asistido á él trescientos y diez y ocho obispos de todas las provincias del imperio.

Constantino se presentó en medio de esta augusta asamblea con toda la pompa que acompañaban á la magestad Imperial en las ceremonias solemnes. Se le habia preparado un asiento distinguido; pero no quiso sentarse hasta despues de haberle instado muchas veces todos los padres del concilio, el qual presidió el célebre Osio, obispo de Córdoba, prelado recomendable por su profundo saber, su gran virtud, y los combates que habia sostenido por la fe, en nombre del papa san Silvestre que habia enviado dos sacerdotes de la Iglesia romana, Vito y Vicente, para testificar la fe de esta iglesia sobre el objeto de contextacion por el qual se habian juntado.

En este gran sínodo se procedió como se habia hecho en el concilio de Alexandría, y se siguió el mismo orden de exámen. Primeramente se hizo comparecer á Arrio, se le oyó hablar, y conforme á sus escritos confesados y á sus discursos se fixaron los puntos capitales de su doctrina: despues se consultó la sagrada Escritura, la tradicion universal y la enseñanza constante de las iglesias. Con arreglo á estos títulos, cuya autoridad no podia ser contestada, fué juzgado y proscrito el error; y á Arrio, condenado como herege y despojado del sacerdocio, se le apartó del seno de la Iglesia, hasta que le hubo reconocido y retratado. Sus partidarios tuvieron la misma suerte, y se dió al triunfo de la verdad todo el esplendor que debia tener para quitar á los novatores la esperanza de levantarse contra ella con fruto, y á los fieles el temor de verla obscurecida en ningun tiempo por mas esfuerzo que se hiciese en lo sucesivo por envolverla en densas nubes. Su lenguaje fué consagrado con la palabra *consustancial*, aplicada para explicar la perfecta unidad de substancia del padre y del hijo, expresion que se hizo sagrada y que despues sirvió siempre para discernir al católico del arriano, al adorador de la divinidad del Verbo del impio que le despoja de sus augustos atributos. Los padres del concilio no creyeron haber hecho todavía bastante para asegurar la victoria de la fe con anatematizar á sus enemigos, sino que quisieron ántes de separarse dar á la sociedad christiana una regla capaz de fixar á todos los entendimientos en la profesion de las verdades fundamentales, y en el lenguaje uniforme de que debian servirse para explicarlas. Así lo executaron formando el símbolo conocido baxo los nombres de Niceno y de Constantinopolitano, porque



fué compuesto en el primero de estos concilios; y el segundo le añadió lo concerniente á la divinidad del Espíritu Santo, contra el error de los macedonianos que habian atacado este dogma por una consecuencia de los principios de Arrio, de quien eran discípulos.

Tales fuéron las felices resultas de este célebre congreso del qual nunca se habló en lo sucesivo sino con la mas profunda veneracion, y cuyos decretos se opusieron siempre á las sutilezas y continuas variaciones de los arrianos. Si fuese bastante el confundir y fulminar la heregia para destruirla, el arrianismo hubiera debido acabar con el juicio de condenacion pronunciado contra él en Nicea con tanta celebridad. Mas sobrevivió mucho tiempo al golpe que le habia echado por tierra, y se volvió á levantar mas atrevido y mas furioso que se habia mostrado hasta entónces, pareciendo que habia adquirido nuevas fuerzas y causado mayores estragos despues de haber sido herido de anatema, como vamos á ver continuando en recorrer los hechos.

Al instante que se terminó el gran concilio, juntando Constantino su autoridad á la de la Iglesia apoyó sus decretos con órdenes severas, por las quales fueron desterrados Arrio y sus partidarios. Se linsojeaba el emperador de haber facilitado así la paz á la Iglesia, y de haber puesto el dogma en seguridad con el juicio mas solemne que habia emanado de su tribunal. No preveia entónces que esta calma seria de corta duracion, y que él mismo, á pesar de la pureza de sus intenciones y de su sincero amor á la verdad, contribuiria luego á los progresos del error, por no estar precavido contra las sorpresas que debia esperar, y por el abuso que dexó hacer de su autoridad, quando se acertó á engañarle.

Constancia, viuda de Licinio, tenia cerca de su persona á un sacerdote imbuido de las nuevas opiniones; hombre en apariencia muy virtuoso, y que daba muestras de gran afecto á la casa imperial. A la hora de la muerte recomendó Constancia á su hermano este sacerdote como un hombre de bien, cuyos consejos le serian útiles en los negocios delicados, y sobre todo en los de religion. A vista de una recomendacion tan apreciable hecha en circunstancias tan críticas no dudó Constantino prestarle su confianza; pues el voto de una hermana moribunda y amada no podia ser sospechoso. Despues de haber ganado la estimacion del emperador

ador este sacerdote, que ocultaba baxo el velo de la piedad el veneno del error, le habló de Arrio en términos favorables, le pintó como un teólogo ortodoxo á quien se habia entendido mal, y que lleno de talentos y de virtudes, era la víctima de las falsas impresiones que se habian recibido contra él. Estas insinuaciones repetidas oportunamente produxeron el efecto que se prometia. Constantino era fácil y compasivo, y respondió que si Arrio consentia en firmar la definicion doctrinal de Nicea, le levantaria el destierro, y haria que se le restableciese en la iglesia de Alexandria. El heresiarca no hizo expresamente lo que el emperador exigia de él, pero le presentó una profesion de fe hecha con tanto arte, y concebida en términos al parecer tan ortodoxos, que el príncipe fué engañado, sea que en realidad estuviese diferentemente dispuesto respecto de Arrio y de sus opiniones, lo que no es probable, ó sea mas bien porque creyese deber dar algo á la indulgencia para terminar las disputas. Sea lo que se fuese, Arrio obtuvo libertad de volver á Alexandria, y aumentádose cada dia mas el crédito del sacerdote, al qual debia su regreso, se vió bien presto á los demas desterrados restituidos á sus sillas, y á los prelados arrianos con favor en la corte.

Dios, que para dar una nueva prueba de la divinidad del christianismo queria que el triunfo de la verdad sobre el error fuese precio de los trabajos y de los combates, á la manera que las victorias de la fe sobre la idolatría y la falsa sabiduría de los filósofos habian sido obra de la intrepidez y heroica constancia de los mártires; no permitió sin duda la sorpresa hecha á la credulidad del emperador sino con este designio; pero al mismo tiempo suscitó un hombre, cuya incontrastable firmeza sirviese de contrapeso á la autoridad seducida. Este fué Atanasio, arcediano y despues obispo de Alexandria, cuya silla ocupó por muerte de san Alexandro. Atanasio era un prelado de una virtud consumada y de un espíritu á toda prueba, formado en los negocios y en el gobierno baxo su predecesor, profundo en la ciencia de las escrituras y en el estudio de los padres anteriores á su siglo, exácto y claro en explicar el dogma, infatigable en defenderle; que hablaba con gracia y con nobleza, que escribia con fuerza y con precision; tan hábil en quitar el velo á los artificios de los novatores como estos diestros en enmascararse; sin otro interes que el de



la verdad, muy condescendiente quando no era comprometida, y pronto á sacrificarlo todo, con tal de que no se exigiese nada de que se pudiesen valer contra ella. Tuvo la gloria desconocida ántes de él, de que jamas su causa personal estuviese separada de la de la fe, y que en el juicio de los católicos y de los arrianos, permanecer en su comunión ó condenarle, era lo mismo que ser fiel á la religion ó abandonarla.

El arrianismo protegido por los dos Eusebios que tenían en la corte un crédito sostenido por un gran mérito y mucho manejo, volvió todos sus esfuerzos contra san Atanasio, que como un muro de bronce se oponia á sus progresos; y así se vió condenado sucesivamente en todos los falsos concilios que juntaron los eusebianos, y en que prevaleció el error, aunque casi siempre fuesen confundidas las calumnias con que se esforzaban á denigrarle para perderle en el espíritu del emperador, como sucederá en el concilio de Tiro. Aun fué desterrado á Treveris en las Galias cerca de ochocientas leguas de su ciudad episcopal, en donde Maxímimo obispo de aquella silla le recibió con toda la distincion que merecia un hombre tan grande. Constantino el jóven que residia allí para estar á tiro de contener á los bárbaros dispuestos siempre á forzar las barreras del imperio, consideró como obligacion el tratar honoríficamente á este ilustre desterrado, y proveerle de todas las cosas de que necesitaba.

Después de haber alejado al defensor de la fe, desbarazados los eusebianos de este formidable adversario, pensaron en lavar á Arrio de la mancha impresa en su nombre y en su doctrina por el decreto Niceno, y en hacer que volviese á entrar en la Iglesia, de que estaba excluido; lo que executaron en un numeroso concilio que juntaron en Constantinopla año de 336. Comenzaron condenando y deponiendo baxo el pretexto de sabelianismo á Marcelo, obispo de Ancira, unido en doctrina y amistad con san Atanasio. El sabelianismo era el grito ordinario de los arrianos, y el baldon que acostumbraban hacer siempre á los que rechazaban sus errores. Dado este golpe, se procedió al principal objeto para que se habian juntado. Comparció Arrio, se le preguntó sobre su fe, respondió segun costumbre en términos artificiosos, afectando no emplear mas que palabras sacadas de la escritura, por no servirse de

la de *Consustancial*, que no se halla en ella. Sostuvo el mismo papel en presencia de Constantino, y supo imponer á este príncipe de modo que resolvió hacerle recibir en la iglesia de Constantinopla, á pesar de san Alexandro, obispo de esta capital, viejo de noventa años, que se oponia á ello con un vigor superior á su edad, y á pesar del clero que pensaba como su gefe.

El emperador habia dado sus órdenes, sin que san Alexandro hubiese podido prevenirlas con sus vivas representaciones, y así ya no se dirigia sino á Dios suplicándole con lágrimas que reprimiese la audacia de los enemigos de la verdad. Miéntras que él oraba, se conducia á Arrio con pompa á la iglesia, estando el pueblo amontonado en las calles para verle pasar acompañado de un numeroso cortejo de eusebianos; lo qual era un triunfo para él y sus partidarios. De repente se siente apurado de una necesidad que le obliga á retirarse á un lugar cómodo: se detiene allí tanto tiempo, que empiezan á inquietarse. Se va á ver qué ha sucedido, y se le halla muerto despues de haber perdido una gran cantidad de sangre. Este trágico fin se miró por los fieles como un castigo del cielo. Á Constantino le penetró, pero no sirvió para desengañarle del sacerdote hipócrita que tantas veces habia abusado de su confianza; al contrario le dió últimamente una prueba mas importante y mas honrosa que todas las otras.

Habiendo caído malo este gran príncipe, pidió el bautismo, que tal vez habia diferido demasiado el recibir. Le impusieron las manos para colocarle en la clase de los catecúmenos, y haciéndose el riesgo cada vez mayor, se le bautizó en su cama por infusion. Esto era lo que se llamaba bautismo de los clínicos. Los momentos eran muy preciosos y decisivos para que el sacerdote arriano que cercaba al emperador abandonase el proyecto de captarle que habia seguido tan constantemente, y así estuvo mas asistente y complaciente que nunca; y Constantino para recompensar su afecto, le hizo depositario de su última voluntad confiándole su testamento, y encargándole que no le entregase despues de su muerte sino á Constancio, su hijo segundo. Este acto contenia la division que Constantino habia hecho del imperio entre sus tres hijos: Constantino llamado el jóven, que era el primogénito, tuvo la España, las Galias, y todo lo que estaba de la parte de acá de los Al-



pes: Constancio el Asia, el Egipto y todo el Oriente: el Africa, la Italia, la Sicilia y la Iliria fueron el patrimonio de Constante, que era el último. Se ve en esta division que Constancio heredó las provincias mas ricas, y en las quales importaba mas á los arrianos que el soberano fuese un príncipe á quien pudiesen gobernar y hacer obrar segun sus intereses; cuya sola circunstancia nos da á conocer quanta parte habian tenido en las últimas disposiciones de Constantino, y quanto contaban sobre el modo de pensar de Constancio.

Con efecto este príncipe débil, que habia sido formado por los eunucos y por las mugeres de palacio, entregados la mayor parte á la nueva secta, parecia que habia llegado al poder supremo solo para destruir la fe de Nicea. Rodeado á todas horas de eusebianos, sin pensar ni obrar sino por ellos, se ocupaba únicamente en tener concilios en los quales la verdad recibia siempre nuevos golpes, en hacer que se erigiesen fórmulas de fe en las quales se mostraba el error mas ó ménos descubierto, segun convenia á sus miras el disfrazarse ó quitarse la máscara, en pronunciar destierros contra los principales pastores á quienes no engañaban las astucias, ni la autoridad hacia ceder, y en decretar penas aun mas rigurosas, que han dado motivo á que en los fastos de la religion se pusiese su nombre despues del de los tiranos y perseguidores. Tal es la idea general que se debe formar de su reynado, y tal fué el estado de la Iglesia miéntras que manejó las riendas del imperio.

Los tres hermanos, para señalar los primeros dias de su gobierno con un acto de bondad, levantaron el destierro á todos los desterrados, y dieron muestras de no querer tolerar otras opiniones tocante al dogma, sino las que el concilio Niceno habia consagrado como ortodoxas. San Atanasio y todos los demas obispos que habian sido desterrados, volvieron á sus iglesias; pero esta calma fué corta, y no duró mas que mientras duró la union de los príncipes de quienes era obra, á los quales dividió pronto el interes y la ambicion, siendo Constantino su primera víctima. Quedando el imperio Romano solamente con dos señores, fué dividido baxo la dominacion de imperio de Oriente que obedecia á Constancio, cuya capital era Constantinopla; y de imperio de Occidente sometido á la leyes de Constante,

que tenia por metrópoli á Roma, continuando en serlo del mundo á pesar del esplendor y de las pretensiones de su rival.

Los dos emperadores mas independientes y separados el uno del otro despues de esta nueva division, se conduxeron por principios enteramente opuestos en el asunto del arrianismo. Constante fielmente adicto á la fe de Nicea se aplicaba á conservarla, porque unia lo que se habia hecho en este gran concilio con la gloria de Constantino su padre. Constancio, educado y dirigido por los arrianos y sus fautores, dispensaba á arbitrio de ellos los favores, y los castigos. Tenia, como han tenido otros muchos príncipes, la flaqueza de querer pasar por hábil en las disputas teológicas, y se aprovecharon de este gusto tan peligroso en un soberano, para aplicar su autoridad favorable ó contraria, segun lo pedian las miras de los que se habian apoderado de su espíritu, y para hacerle entrar en las querellas de la Iglesia, en que no hubiera debido ocuparse sino para detener su curso por los medios que sabe hallar siempre la prudencia, quando dirige el uso del poder.

De todos los obispos católicos san Atanasio era el que por su eloqüencia, valor y actividad perjudicaba mas á los perniciosos designios de los arrianos. Ponia en claro todos sus pasos, prevenia ó reparaba los efectos de sus maniobras, las seguia en todas sus variaciones, y por mas colores con que se adornasen, de ningun modo podian escaparse á su penetracion y zelo; porque parecia que toda la tradicion de los siglos precedentes, todas las luces y autoridad de la Iglesia de su tiempo residian en él. Así emplearon todo su crédito y todos sus esfuerzos para perderle, no habiendo podido conseguirlo en tiempo del gran Constantino, porque el mismo fondo de rectitud y bondad que le exponia á la sorpresa, le alejaba de la violencia y de la crueldad. Creyeron, pues, que baxo de Constancio á quien gobernaban por sí mismos y por sus partidarios, habia llegado el tiempo de destruir á este formidable adversario. Mas necesitaba todavía la verdad por largo tiempo de su testimonio, y le reservaba Dios para otros combates en que se interesaria la gloria de su Verbo. Dos destierros que Constancio se vió precisado á levantarle por las amenazas de Constante su hermano, y una proscripcion formal que atraxo á aquel emperador la mayor vergüenza, no sirvieron sino de hacer á este san-